

# La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1915

NÚM. 1.745

MADRID. - EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1915



LA CACHARRERA, cuadro de Manuel Benedito

(De fotografía remitida por J. Vidal.)

## SUMARIO

**Texto.** - *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Madrid. La Fiesta de la Flor*. - *Antonio Marqués y Puig*. - *Melilla. El tabar de Alhucemas*. - *La guerra europea*. - *Dr. D. Teófilo Braga, nuevo presidente de la República portuguesa*. - *Madrid. Notas de actualidad*. - *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). - *Sevilla. Exposición de Bellas Artes*. - *Libros enviados a esta redacción*.

**Grabados.** - *La cacharrera*, cuadro de M. Benedito. - *Carmencita la Gitana*, cuadro de M. Villegas Brieva. - *El puerto de Rodas*, cuadro de A. Muñoz Degraín. - *Un día más*, cuadro de M. Medina Vera. - *Un coleo*, cuadro de R. Domingo. - *Paisaje*, cuadro de E. Galvey. - *Santa Clara*, cuadro de F. Domingo Marqués. - *Tristes de la Patria*, obra de R. Atché. - *Araceli; Retrato de Machaquito*, cuadros de J. M. López Mezquita. - *Patio azul*, cuadro de S. Rusiñol. - *La guerra europea*. - *Dr. D. Teófilo Braga*. - *Madrid. La Fiesta de la Flor*. - *D. Antonio Marqués y Puig*. - *Melilla. El tabar de Alhucemas*. - *Madrid. Notas de actualidad*. - *Vista general de la Exposición de Bellas Artes de Sevilla*. - *Lobos de mar*, cuadro de M. González Santos. - *El picador*, cuadro del conde de Aguiar. - *Viernes Santo*, cuadro de J. Pinelo Janes. - *Fruitas*, cuadro de G. Bacarissas. - *Un rincón de la Fábrica de Tabacos de Sevilla*, cuadro de G. Bilbao. - *Barcelona. Concurso de elegancia de automóviles organizado por el Real Automóvil Club de Cataluña*.

## DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

La guerra vuelve a dominar, como reina y señora, en la atención pública. Sobrevienen acontecimientos artísticos, literarios, teatrales: ahora la gran exposición del insigne Anglada, luego los conciertos de la Sinfónica de Madrid, en seguida tal estreno o la presentación de tal compañía. Los aficionados hablan, discuten, se enardecen un momento; quieren prolongar la ficción de la normalidad, como si la vida se deslizase sosegada y tranquila; acuerdan, en cierto modo, que no pasa nada en el mundo, que cada cosa sigue su curso y su evolución, que no se ha interrumpido el ritmo de la existencia.

Ilusión piadosa, y nada más. El estruendo bélico se va haciendo tan grande que se le percibe desde el último rincón de la tierra. Hubo un Diluvio universal y ahora nos hallamos metidos en la guerra universal. Los espacios libres se estrechan por momentos; las distancias se acortan. Acaba de entrar Italia en la liza; Bulgaria y Rumanía no se harán esperar mucho según los indicios. Del solar Europeo no quedan exceptuadas de la conflagración más que unas pequeñas naciones del Norte, emparedadas entre los beligerantes, y nuestra España al Sur. ¿Consiguiera mantenerse indemne hasta el final del espantoso litigio?

Esta es la preocupación que actualmente domina a todas las otras y que se va haciendo por momentos densa y grave. Al principio pareció que la neutralidad era la cosa más fácil de mantener y asegurar. Bastaba con que nosotros la quisiéramos y el poder público la declarase. Se reducía a una simple cuestión de inercia. Y, ¿hay nada tan cómodo y que tan especialmente halague a los españoles como el no hacer nada? Si sólo se trataba de esto, de no hacer nada, nuestro país sería, por los siglos de los siglos y muy a gusto suyo, el país neutral por excelencia.

Pero he aquí que poco a poco, lentamente, ahora una dificultad y mañana otra; ahora por entrar un nuevo vecino en la lucha y luego por encogerse, más lejos, la zona de tráfico posible, vamos sintiendo cada día una mayor molestia, una más viva inquietud y empezamos a sentirnos cercados y nuestra respiración se hace fatigosa y difícil.

Puede decirse que con la declaración de guerra por parte de Italia las fronteras españolas son ya colindantes con el incendio o con los países que lo alimentan: Francia al Norte, Portugal al Oeste, Gibraltar, es decir, Inglaterra y luego el África francesa al Sur, y, por el Este el Mediterráneo, destinado dentro de muy poco a convertirse, como el mar del Norte, en zona de combates y represalias marítimas. Todo eso, haciendo más difíciles las comunicaciones, limitando el comercio; aumentando con la proximidad, los peligros y las ocasiones de conflictos de frontera, encierra a España en un cerco de dificultades tanto más espinosas que las que ha debido vencer hasta la fecha, en los diez meses de hostilidades que van transcurridos.

\* \*

Una nueva fase acaba de abrirse ahora para el mantenimiento de nuestra actitud, fase sumamente más delicada que la anterior, durante la cual puede decirse que la neutralidad se sostuvo por sí misma y sin esfuerzo alguno. Ahora no. En adelante se requerirán cuidados continuos para no alterarla, así por parte del Gobierno como por parte de la nación. Desde este punto no se trata ya de un simple pro-

blema de inercia; no se trata de dejar de hacer, sino que será necesario dirigir activamente, positivamente esa política a fin de salir incólumes de entre los escollos que la amenazan.

No puede desconocerse que se trata de una aspiración nacional y que esta aspiración nacional merece el nombre de unánime. Bien a las claras se ha visto con motivo de determinadas manifestaciones individuales, más o menos favorables a la intervención. España quiere conservar la paz por instinto y por reflexión deliberada y sabe que ahora también, una vez despejado el enigma italiano, el campo de agitación se trasladará a nuestra península. Lógico y humano es que las potencias en lucha, fomenten y estimulen sentimientos de inclinación y simpatía a su favor en los territorios exentos, bien porque necesiten con urgencia nuevas ayudas, bien para contrarrestar las propagandas de los adversarios que las reclamen para sí. Y contra esos posibles y explicables manejos se ha puesto en guardia la opinión pública de Cataluña que, como toda la española, no quiere salir de su apartamiento, sin que ese apartamiento, empero, signifique indiferencia ni mucho menos imprevisión.

Y no quiere salir de su apartamiento, en primer lugar, porque ningún compromiso, escrito ni de honor, le liga con las naciones en lucha, como, por ejemplo, ligaba a Portugal. En segundo lugar no se ha presentado para España ningún caso fortuito que la ponga en la necesidad de optar perentoriamente entre dos males, como le sucedió a Bélgica, ni ha sufrido ningún ataque a su independencia y dignidad. En tercer lugar, no nos hallamos nosotros en un período de fiebre o de delirio patriótico que, en defecto de tratados o por encima de ellos, nos arrastre a aprovechar la coyuntura y a arriesgarlo todo para la consecución de ideales madurados durante todo un siglo, que es el caso de Italia. Ni nos compele una obligación expresa, ni hemos de vengar un ultraje, ni tenemos una ambición nacional definida y compartida por todo el pueblo que pueda empujarnos a tentar un golpe de audacia.

Y si no existe nada de eso, ¿cómo podría un gobierno, sin cometer el más imperdonable de los crímenes, lanzarnos en frío por los derroteros de una aventura semejante, para la cual, además de pretexto, de razón y de base, nos faltaría también la preparación adecuada? Porque yo quiero suponer que tuviéramos compromiso contraído o conveniencia nacional inequívoca a la cual servir, y aun de esta manera nos veríamos condenados a forzosa inacción por el estado de hecho en que nos encontramos, por la falta de potencia o, mejor dicho, por la inorganización de nuestra potencia posible, inorganización que no se salva en dos minutos, ni acaso en dos años, con garantías de eficacia y de éxito.

Todo nos aconseja, pues, insistir más que nunca en la neutralidad y darle ahora un carácter positivo, activo, vigilante, que no le habíamos impreso todavía. Hasta ahora fué asequible mantenerla sólo por inercia, como ya he dicho, o por simple abstención. Pero en adelante será preciso dedicarle continuos cuidados y una atención escrupulosa y asidua, pues se multiplicarán los incidentes, la nerviosidad del espíritu público, la irritabilidad de los beligerantes y, en suma, el peligro por la mayor cercanía del área de conflagración y por la mayor intensidad de las repercusiones, de las exigencias, de las suspicacias.

Pero si esto es lo que dicta el más elemental buen sentido, no es menos terminante su apremio para que vayamos organizando nuestra fuerza potencial a fin de que estemos en situación, no de emplearla, sino de hacerla ponderar como un factor de equilibrio y de defensa indirecta en la hora de la paz y aun contra el caso fortuito que, sin quererlo ni desearlo nosotros, se presentase antes de la paz a comprometer nuestra independencia. He aquí la neutralidad de Suiza mantenida varonilmente, con ánimo decidido de hacerla respetar a todo trance. He aquí al erizo dispuesto a sacar todas sus púas; no al conejo que huye y se esconde en su madriguera creyendo no ser visto solo porque él no ve...

\* \*

¡Vaya! La tensión producida por esa gigante lucha es insostenible ya y no se comprende cómo los nervios humanos pueden resistirla sin estallar de dolor, de rigidez o de demencia. Entre las muchas cosas que se han derrumbado con estrépito en diez meses, figura en primer término, como ya he dicho en otra parte, la sensibilidad moderna. Esa famosa sensibilidad se conmovió y se conmueve aún por la suerte del último de los malhechores, mientras llena la plaza de toros en razón directa del «hule», de la sangre, del riesgo mortal que adivina en la índole

de las fieras y en la incapacidad de los hombres que deben lidiarlas. Mueve a millares y millares de hombres para pedir el indulto de unos parricidas y lee sin inmutarse las más tremendas catástrofes de la guerra marítima, comentándolas con un interés meramente deportivo, aunque impliquen la muerte de millares de personas. Se preocupa de lo más baladí y la dejan sin una emoción ni un latido las mayores carnicerías y estragos que ha presenciado la historia, bien así como aquellas damiselas sensibles que se desmayan si se les muere el canario y son capaces de marcar con un hierro candente el rostro de la peñadora que no acierta a dejarlas bien compeñadas.

¿Habrá sonado ya el momento de declinación en el furor de los combatientes y en la resistencia psicológica de los neutrales? ¿Se acercará aquel momento decisivo en que, del fondo de todos los pueblos, de todas las conciencias, de todos los corazones, surja un grito unánime de repugnancia y de horror, una voz imperativa y ensordecedora que diga: «basta»? A mí, acostumbrado por hábito profesional a advertir la proximidad de esas crisis de espíritu, me parece rastrearla ya en el viento, en el horizonte lejano, en la trepidación misteriosa de las almas acongojadas. Es más: creo que la crisis, que la caída hacia la piedad y la misericordia hubiera ya venido, si en esa lucha excepcional y nunca vista no se hubieran adoptado precauciones extraordinarias, que interceptan cuanto hay en ella de más horrible, cuanto había de sublevar la generosidad, el instinto moral y aun el mismo temperamento físico de los hombres menos delicados.

\* \*

Era de tradición que siguiesen a los ejércitos - desde que la prensa periódica adquirió su arraigo definitivo y desde que hubo también prensa gráfica - corresponsales de guerra, dibujantes, fotógrafos, incorporados a los cuarteles generales, y encargados de describir y reproducir libremente los combates, los episodios, las escenas de sangre y desolación ofrecidos por los campos de batalla. Pues bien: como si previesen el efecto que una franca, realista y copiosa información de ese género había de producir sobre los nervios y el estómago de la humanidad, los Estados Mayores han restringido en grado sumo el acceso a los periodistas, concediendo sólo permisos excepcionales por tres o cuatro días y para puntos muy limitados, y han acabado, puede decirse, con la información gráfica, no permitiéndose otra que la fotografía de poblaciones evacuadas u ocupadas después de los bombardeos, alguna escena de campamento o de columna en marcha y sin hostilidades, como si se tratara de maniobras inofensivas.

Todo lo demás, todo aquello en que interviene el hombre y en que la figura del soldado es lo principal: efectos inmediatos de la lucha, terrenos cubiertos de cadáveres, cuerpos mutilados, conducciones de heridos, ambulancias sanitarias en funciones, hospitales de sangre inmensos, zonas de enterramiento y cremación; toda la imagen cruda del estrago, toda la sensación material de la carnicería, de la podredumbre, de las mutilaciones bárbaras y de la humanidad segada en flor, todo eso ha sido ahora cuidadosamente evitado, y ha sido evitado porque su efecto hubiera sido decisivo. Una información fotográfica y cinematográfica de tales horrores, tomada en la primera línea, sostenida y divulgada ampliamente, hubiera levantado en poco tiempo un clamor irresistible y hubiera contrarrestado los impulsos bélicos y de gloria, con el trágico y repugnante reverso de las escenas teatrales y de las vistas alegóricas con que suele embellecerse el triunfo...

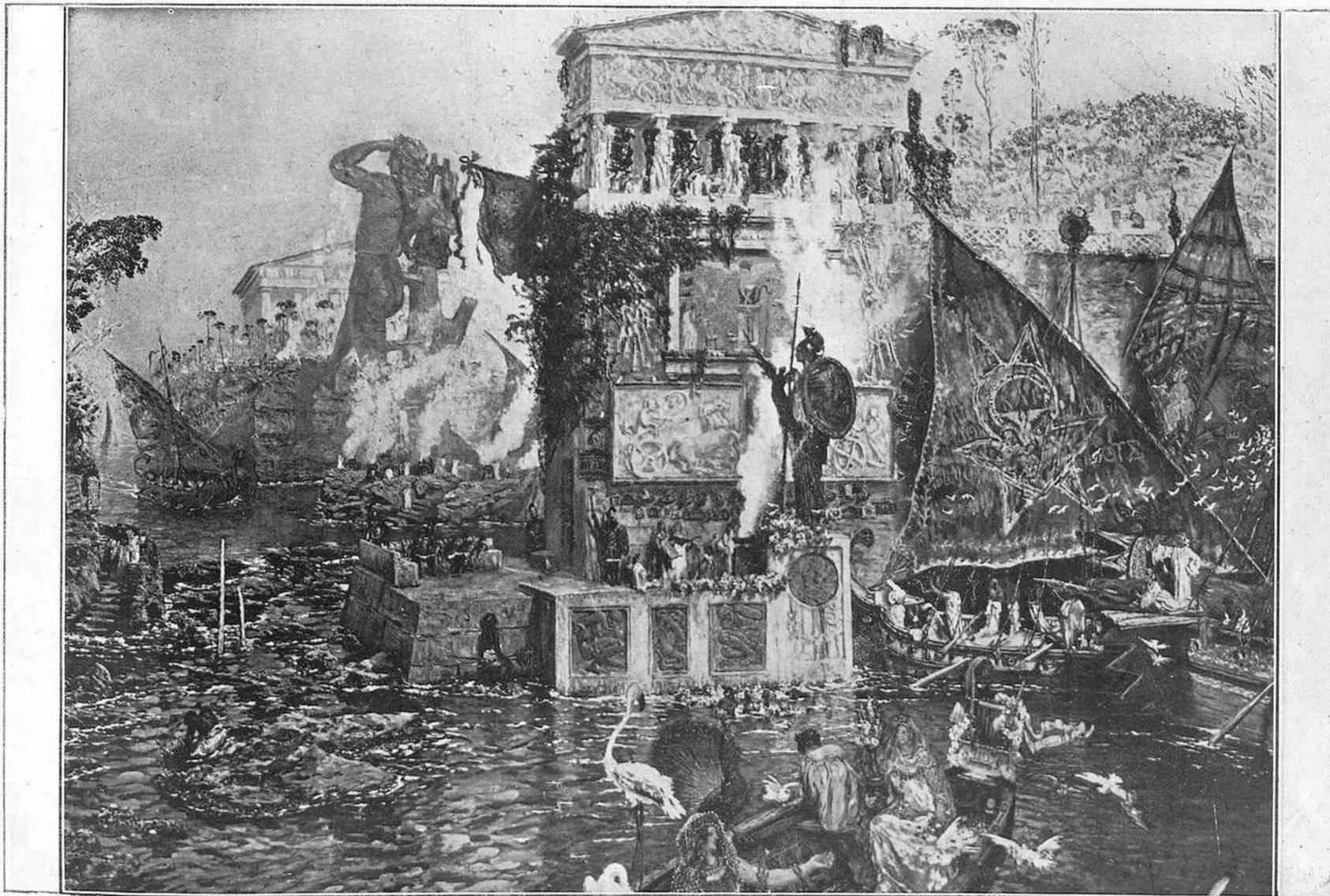
De todas maneras, no parece lejano el día de la reacción. La fatiga se advierte en el fondo de los corazones, aun en aquellos pueblos que hasta ahora no han hecho más que presenciar la lucha. ¿Qué no ha de pasar en lo íntimo de quienes la resisten y pagan al precio de su sangre, de su dolor, de su luto inmenso, el más grande que hayan llorado nunca los hijos de Adán?

MIGUEL S. OLIVER.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de



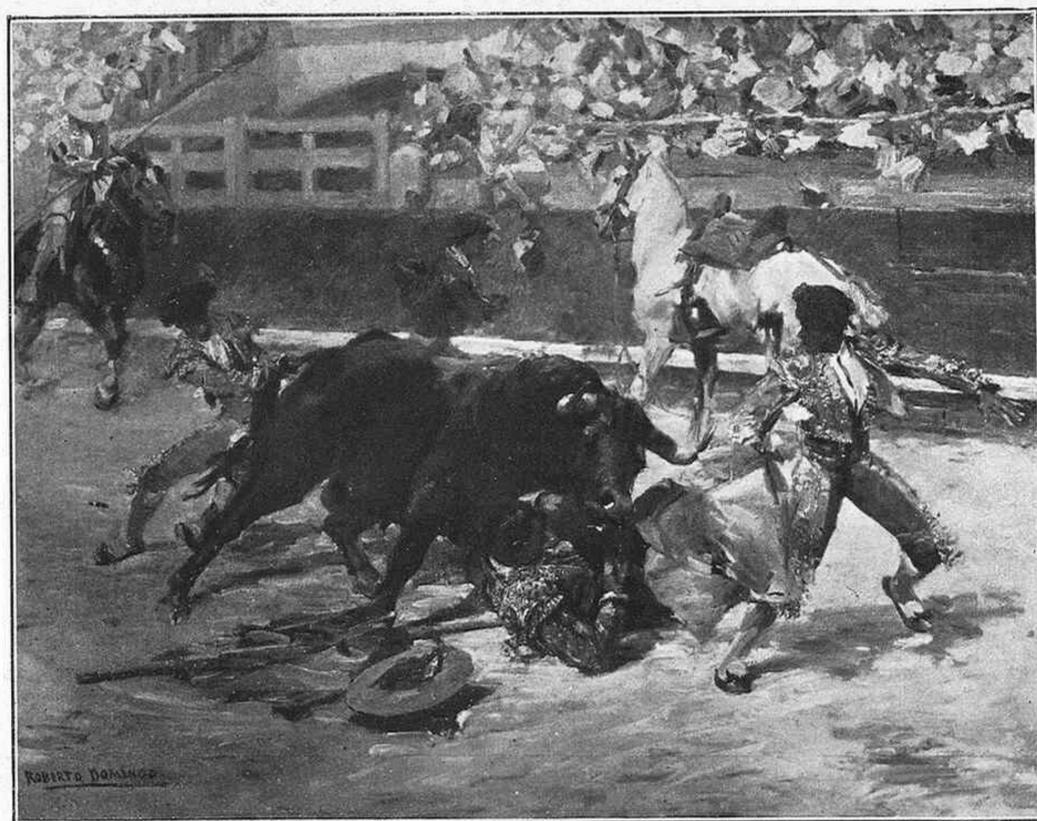
Carmencita la Gitana, cuadro de Manuel Villegas Brieve



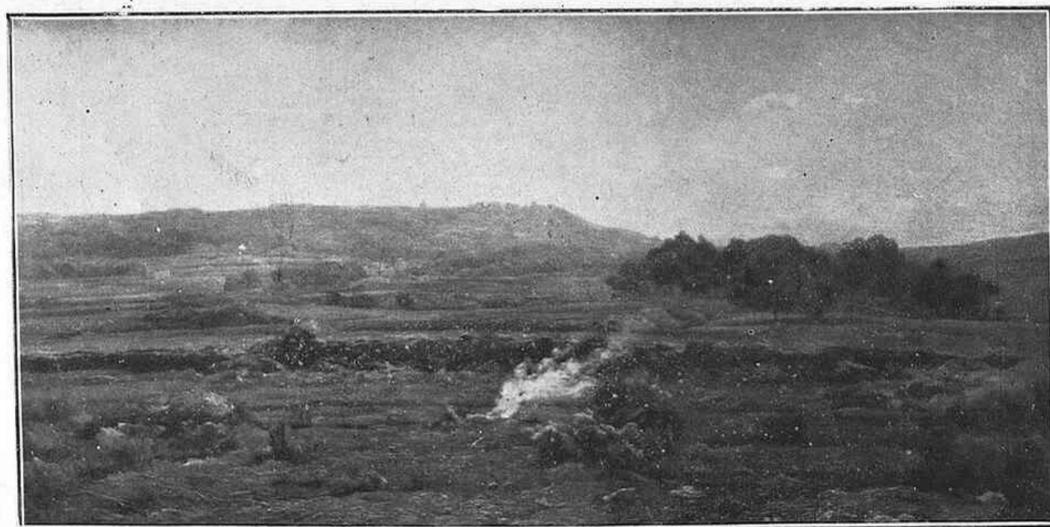
El puerto de Rodas, cuadro de Antonio Muñoz Degraín



Un día más, cuadro de Manuel Medina Vera, pintor premiado con segunda medalla



Un coleo, cuadro de Roberto Domingo



Paisaje, cuadro de Enrique Galvey, pintor premiado con primera medalla



Santa Clara, cuadro de Francisco Domingo Marqués



Tristezas de la Patria, boceto de un monumento dedicado a la memoria de los ilustres repúblicos Prim, Cánovas y Canalejas, que murieron asesinados mientras se hallaban al frente del poder. Obra de Rafael Atché.



**Patio azul (Arenys de Munt)**, cuadro de Santiago Rusiñol, pintor premiado con primeras medallas en varias exposiciones



**Araceli**, cuadro de José María López Mezquita, pintor premiado con dos primeras medallas



**Retrato de Machaquito**, pintado por J. M. López Mezquita

## MADRID. - LA FIESTA DE LA FLOR

Con un día espléndido se celebró el día 2 de este mes en Madrid la Fiesta de la Flor, cuyos productos se destinan al socorro de los tuberculosos pobres.

Las numerosas mesas instaladas en los diversos distritos estaban presididas por ilustres damas, entre las cuales citaremos la baronesa de Satrustegui, la condesa de la Corzana, la duquesa de Baena, la marquesa de Urquijo, la marquesa de Casa Laigle-



Madrid. La Fiesta de la Flor. - Una mesa petitoria en la Red de San Luis

A las nueve de la mañana se constituyeron las mesas petitorias y poco después un repique general de campanas anunció el comienzo de la cuestación. Las bandas militares salieron de los cuarteles tocando alegres pasodobles y situándose en



El pianista D. Antonio Marqués y Puig, que ha dado un notable concierto en el Salón Parés de esta ciudad. (De fotografía.)

diferentes plazas, en donde ejecutaron escogidas piezas mientras duró la fiesta.

la duquesa de la Seo de Urgel, la condesa de Bugallal, la marquesa de O'Gaván, la marquesa de Portago, la condesa de Cartagena, la marquesa de Argüelles, la condesa viuda de Montarco, la condesa de Brías, la marquesa de Alhucemas, la marquesa de Camarines, la duquesa de Canalejas, la condesa de Romanones, y las señoras de Muguero, de Ortiz de la Torre, viuda de Molero, de Linares Rivas, de Saiz de Carlos, de Bauer, de Ugarte, de Pulido, viuda de Ruiz Martínez, de Rarero, de Fatás y de Espina.

Todas las mesas estaban elegantemente adornadas con profusión de flores y muchas de ellas con ricos mantones de Manila.

Numerosos grupos de hermosas y distinguidas señoritas cuidaban en cada mesa de la cuestación, solicitando de los transeuntes una limosna a cambio de la flor que le ofrecían. Nadie se resistía a las solicitudes de las bellas postulantes, que animadas del más noble entusiasmo no vacilaban en acosar a todo el mundo para que todo el mundo contribuyese a la obra benéfica a cuyo servicio se habían consagrado. Y no se limitaban a pedir a los que por la calle circulaban a pie, sino que detenían los coches y automóviles, se introducían en los tranvías, penetraban en las tiendas, y no respetando las órdenes dadas que les prohibían entrar en las oficinas públicas, asaltaron varios edificios del Estado, entre ellos los ministerios de la Gobernación, de Fomento y de Instrucción Pública.

SS. MM. los Reyes D. Alfonso y Doña Victoria y las demás personas de la Real familia que recorrieron las distintas mesas petitorias, fueron objeto de constantes e insistentes acometidas, distribuyendo considerables cantidades y siendo en todas partes objeto de entusiastas y cariñosas ovaciones. Bien puede afirmarse que desde que salieron del Regio alcázar hasta que regresaron a él no dejaron los Reyes de ser asaltados por las postulantes ni de ser victoreados por la multitud.

También los ministros se vieron activamente perseguidos y como ellos todas las personas de viso que se pusieron al alcance de las que, con un fervor digno de la noble causa que representaban, ponían empeño en aprovechar cuantas ocasiones se les ofrecían para aumentar el producto de la colecta y con ello el fondo destinado al alivio de los enfermos pobres.

Justo es, empero, decir que nadie evitó ni rehuyó tales oca-



S. M. el Rey D. Alfonso XIII ostentando las flores que le fueron ofrecidas en la típica fiesta. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

siones, pues todo Madrid quiso colaborar gustoso a la obra meritísima y desde el más humilde obrero al más linajudo prócer, no hubo quien no contribuyese al mayor éxito de la fiesta aportando a ella un modesto óbolo o un espléndido donativo.

Como en años anteriores, aristocracia, clase media y pueblo han rivalizado en la medida de sus recursos, animados todos por un mismo sentimiento altruista y respondiendo con igual entusiasmo al llamamiento del Patronato general de las Ligas antituberculosas que preside nuestra augusta soberana y cuya humanitaria labor es realmente digna de ser secundada y merecedora de las mayores alabanzas.

## ANTONIO MARQUÉS Y PUIG

En el Salón Parés y ante un auditorio tan numeroso como distinguido ha dado recientemente un recital el joven pianista Antonio Marqués y Puig, hijo del celebrado pintor, antiguo colaborador y querido amigo nuestro.

El programa se componía de obras de Bach, Schubert, Mozart, Chopin, Mendelssohn, Henselt, Beethoven y Liszt, en la ejecución de todas las cuales demostró el Sr. Marqués no sólo un excelente mecanismo, sino también un verdadero temperamento de artista que sabe dar a cada pieza la interpretación adecuada.

El Sr. Marqués obtuvo muchos y muy merecidos aplausos.

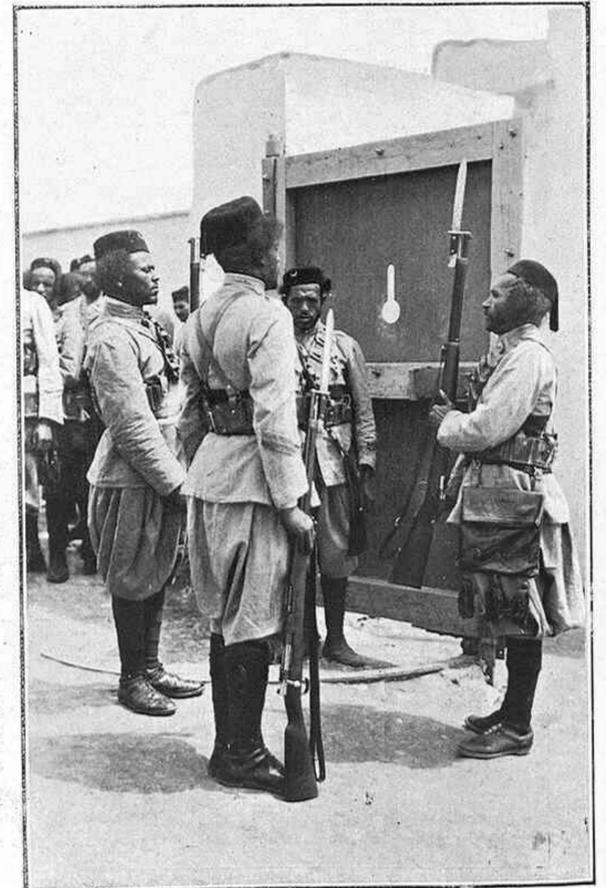
## MELILLA. - EL TAVOR DE ALHUCEMAS

Entre las tropas indígenas que prestan servicios a España figura el tabor de Alhucemas, que manda el capitán D. Manuel Vallarino. Este tabor es un auxiliar importantísimo de nuestras tropas y recientemente, en el combate del Kert en que nos ocupamos en el número último, se batieron heroicamente para proteger el repliegue de nuestros soldados, habiendo tenido dos muertos y diecisiete heridos.

Para alojar convenientemente las fuerzas del tabor de Alhucemas se ha construído un espacioso poblado en la posición de Sebt, a 28 kilómetros de Melilla.



Melilla. - Poblado construído en Sebt, a 28 kilómetros de Melilla, para las familias de los moros del tabor de Alhucemas



Los cabos de guardia del tabor de Alhucemas relevando al centinela en la posición de Sebt. (De fotografías de Lázaro.)

LA GUERRA EUROPEA

Continúan revistiendo alguna importancia las luchas sostenidas en las regiones de Iprés y del Norte de Arrás. Los belgas han rechazado los ataques de los alemanes al Norte y al Sur de Dixmude, y los ingleses los intentados en las inmediaciones de Iprés; y estos últimos han avanzado en dirección a La Bassée y a Festuquet, y en la orilla derecha del Iser han tomado todas las trincheras alemanas de una altura señalada con el número 17. Confiesan, en cambio, no haber podido recuperar algunas partes de terreno perdido al Este de Iprés y del que se habían apoderado los alemanes merced al empleo de gases asfixiantes. Los franceses han realizado progresos relativamente considerables al Norte de Arrás, tomando varias trincheras cerca de Souchez, ocupando el cementerio y todo el pueblo de Ablain-Saint-Nazaire, nuevas manzanas de casas del de Neuville-Saint-Vaast y un molino y varias trincheras en el camino de Souchez a Carenty; han avanzado al Sudeste de Neuville, en las crestas de Notre Dame de Lorette, así como en el bosque de Le Pretre; y han rechazado varios contraataques en Angré, en Notre Dame de Lorette y en las trincheras de Ablain-Saint-Nazaire. Asimismo han efectuado algunos avances en la región Fontaine-Madame (Argona) y en la meseta de Schnepfenrieth (Alsacia).

Los alemanes dicen que siguen los ataques en dirección a Iprés, en donde han tomado algunas aldeas; que han rechazado los ataques contra sus posiciones en el canal del Iser, y los emprendidos al Norte de la altura de Notre Dame de Lorette, al Sur de Souchez y en el bosque de Le Pretre, así como los realizados contra sus posiciones a lo largo del camino Bethune-Souchez. Añaden que la tentativa de los franceses de romper el frente alemán al Norte de Arrás ha fracasado, y que en el bosque de Le Pretre los franceses sólo consiguieron ocupar algunas trincheras avanzadas que estaban débilmente defendidas.

Según los rusos, en todo el frente del Dubissa, en la orilla izquierda del Vístula, se han desarrollado violentos combates en los que han sido derrotados los alemanes; los cuales, además, han sido rechazados entre el Vístula superior y la orilla izquierda del San; en la región de Chawli realizan los moscovitas notables progresos, ocupando varios pueblos y persiguiendo eficazmente al enemigo; en la región de Przemysl, han rechazado los ataques entre esta plaza y la gran marisma del Dniéster, y han tomado resueltamente la ofensiva entre esta marisma y Dolima en la orilla izquierda del Svitz y en todo el demás frente hasta el río Monitza. Los rusos han tomado la población de Seniawa.

Los austro-húngaro-alemanes, según los despachos de su Estado Mayor general, avanzan sobre Przemysl y en la región de Stry, habiendo ocupado importantes posiciones en las cer-



La guerra europea. - Oficinas del Comité internacional del canje de prisioneros establecido en Ginebra (De fotografía de R. Parrondo.)

canías de aquella plaza y roto la primera línea muy fortificada de los rusos entre Drohobycz y las cercanías de Stry. Han tomado las poblaciones de Radyjno, Swiete y Nisniowice; han empujado al otro lado del San a los rusos, que se mantenían en la orilla occidental de este río; y han rechazado varios ataques en el Dubissa superior e inferior, entre el Wysznia y Lubakzowka, cerca de Seniawa y al Este de Radyjno y Jaroslaw. Reconocen que cerca de Seniawa varias divisiones hubieron de retroceder a la orilla Oeste del San, dejando en la orilla Este algunos cañones, y que asimismo abandonaron cuatro cañones en un pueblo del Dubissa que hubieron de evacuar, si bien luego lo recuperaron.

Los italianos han invadido el territorio austriaco por tres distintos puntos: a la izquierda, por el Trentino; en el centro, por los Alpes Cárnicos o Carinthia; y a la derecha, por el Friul. En todas partes han ocupado varias localidades y posiciones, sin encontrar apenas resistencia, no habiendo, por consiguiente, habido hasta ahora en aquel teatro de la guerra operaciones de verdadera importancia. El contratorpedero austriaco S. So y el contratorpedero Scharfschutz quisieron acercarse a la costa italiana, pero la artillería de ésta les obligó a retirarse con graves averías; después se libró un combate naval en el que resultaron con averías importante un explorador y dos contratorpederos austriacos y hundido un contratorpedero italiano. Un dirigible italiano ha bombardeado el arsenal de Pola, produciendo en él un incendio; varios contratorpederos italianos han bombardeado los astilleros de Monfalcone causando grandes destrozos.

Esto es lo que dicen las noticias oficiales italianas. Los austriacos, por su parte, afirman haber rechazado en varios puntos a los invasores y bombardeado, con sus aeroplanos, el hangar de globos de Cavaravallo, los edificios militares de Ancona

y el arsenal de Venecia, ocasionando incendios en el primero y daños de consideración en los otros. El archiduque Eugenio ha sido nombrado general jefe del ejército de operaciones contra Italia.

En los Dardanelos han sido echados a pique por submarinos enemigos los acorazados ingleses *Triumph* (11.800 toneladas) y *Majestic* (15.150 toneladas). Según noticias aficiales de Constantinopla, el mismo día que fué destruido el *Majestic* fué torpedeado y gravemente averiado otro acorazado inglés del tipo *Agamemón* (16.750 toneladas).

En Sherness se ha ido o pique, a consecuencia de una explosión el crucero auxiliar inglés, *Princess Irene* que estaba reparándose en aquellos astilleros.

DR. D. TEÓFILO BRAGA, NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA PORTUGUESA.

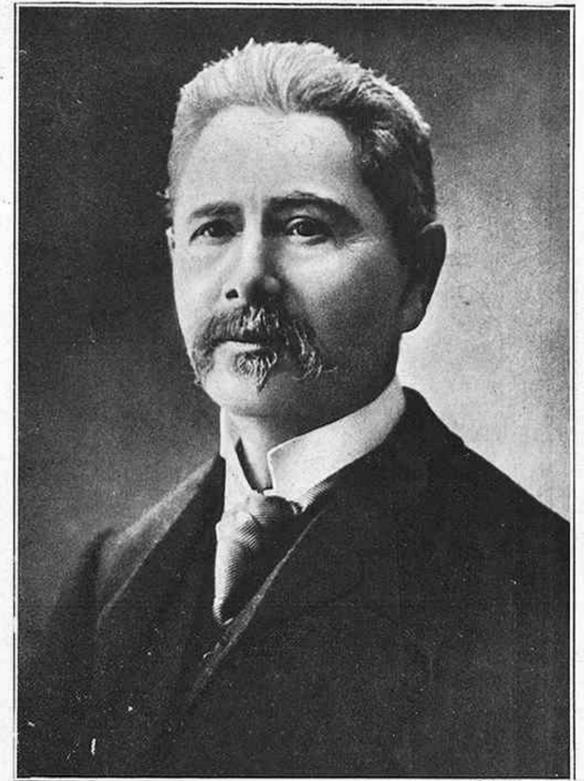
A consecuencia del último movimiento revolucionario, el Presidente de la República portuguesa, señor Arriaga, presentó la renuncia de su alto cargo.

El Congreso nacional, reunido el 29 de mayo último, aceptó la renuncia y por 98 votos contra uno y tres papeletas en blanco, eligió para la primera magistratura de la nación al Dr. D. Teófilo Braga, el cual prestó juramento y presentó su mensaje, en el que rinde homenaje a la República democrática y parlamentaria, rechaza la dictadura y manifiesta la esperanza de que cuando se retire a la vida privada, todos sus conciudadanos dirán que siempre fué su guía el buen sentido y el desinterés.

Después de la proclamación se trasladó a la Presidencia, en donde se efectuó la transmisión de poderes entre el antiguo y el nuevo Presidente.

Teófilo Braga nació en Ponta Delgada (Azores) el año 1843, y no habiendo podido su padre sufragarle una carrera, vióse obligado a la edad de catorce años a entrar en una tipografía para ganarse el sustento.

Catorce años después ganó en reñidas oposiciones, en las que derrotó a Pinheiro Chagas, la cátedra del curso superior de Letras de Lisboa.



Dr. D. Teófilo Braga nuevo presidente de la República portuguesa

En 1864 dióse a conocer con sus obras poéticas tituladas *La visión de los tiempos*, *Las tempestades sonoras* y *La ondina del lago*.

Poco después publicó el *Cancionero general* y el *Romanceiro general*.

Es autor también de varias obras jurídicas, entre las que descuella la *Historia del Derecho portugués*.

Sus dos principales obras son *La historia de la literatura portuguesa* y el *Sistema de sociología*.

Teófilo Braga, al aceptar el cargo de Presidente de la República en circunstancias tan difíciles como las actuales, y por el corto período de poco más de cuatro meses, pues el 5 de octubre habrá de efectuarse la elección de nuevo Presidente, demuestra una vez más el patriotismo y el desinterés con que siempre ha servido a su patria.



Lisboa. - Manifestación organizada por la Liga Republicana de Mujeres Portuguesas para recaudar fondos a favor de las familias de los que perecieron en el movimiento revolucionario de 14 de mayo y de los heridos a consecuencia del mismo

(De fotografías de A. Rato.)



La guerra europea. - Mapa de Italia en el que se ven los territorios fronterizos con Austria-Hungría, en donde actualmente se desarrollan las operaciones italo-austriacas



La guerra europea. París. - Italianos delante de la embajada de su país esperando los pasaportes para marchar a Italia a incorporarse al ejército. (De fotografía de Rol.)



Tropas alemanas asistiendo a los oficios divinos en la misma línea de combate cerca del río Aisne (Francia). (De fotografía de Hofer.)

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Entrega a S. M. la Reina Doña Victoria del Sanatorio antituberculoso de Húmera  
Llegada de S. M. al Sanatorio

Con gran solemnidad se ha efectuado la entrega a S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Victoria del Sanatorio antituberculoso construído en Húmera con los productos obtenidos en la Fiesta de la Flor celebrada en 1913.



El capitán general D. Marcelo de Azcárraga, fallecido en Madrid el día 30 de mayo último. (De fotografía de Kaulak.)

S. M. fué recibida por la Junta que preside la condesa de Romanones, visitó la finca, que es un espléndido jardín con frondoso arbolado, estufas para flores, lavadero, garage, aparatos para el suministro de aguas, etc. En la parte alta se halla situado un amplio pabellón para 16 enfermos, cada uno de los cuales tendrá habitación separada, con lavabo de agua corriente y ventilación constante por un sencillo sifón de cristal. El comedor, dispuesto para mesas pequeñas separadas, es un amplio salón con ventanas a tres fachadas y vistas admirables.

La Reina manifestó su propósito de dotar dos camas del nuevo Sanatorio y de rogar que las infantas hagan lo propio, esperando que no tardarán en quedar dotadas todas las del establecimiento, y dedicó grandes elogios a cuantos han contribuído a la erección del Sanatorio, elogios que fueron profundamente agradecidos por el Dr. Pulido en nombre de la Junta.

El capitán general Don Marcelo de Azcárraga, recientemente fallecido, era una de las figuras más prestigiosas de nuestro ejército y de nuestra política y uno de los hombres

que por su caballerosidad y su carácter afables gozaban de mayores respetos y simpatías.

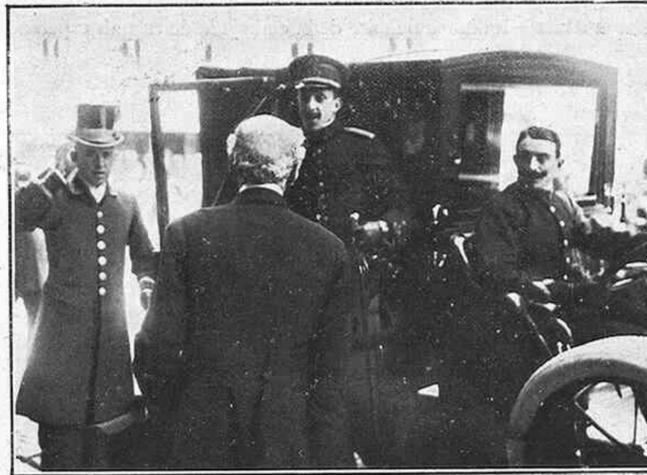
Nació en Manila en septiembre de 1832 y en 1850 ingresó en el ejército como alférez de Caballería de las milicias disciplinarias de la Habana, pasando aquel mismo año a la Escuela especial de Estado Mayor. En 1857 pasó al ejército de Cuba y de allí marchó con el ejército expedicionario de México en donde obtuvo el grado de teniente coronel. Se distinguió luego en la represión de la insurrección que estalló en Santo Domingo en 1862. En 1866 regresó a la península y en 1871 fué ascendido a brigadier; en 1874 desempeñó el cargo de segundo jefe del ejército del Norte; en 1875 fué promovido a mariscal de campo y dos años después a teniente general.

En 1880 fué nombrado capitán general de Navarra, y en 1885 de Valencia; en 1890 ocupó por vez primera el ministerio de la Guerra, cuya subsecretaría había desempeñado en varias ocasiones, y que volvió a ocupar en 1895 y en 1899.

Al ocurrir la trágica muerte del Sr. Cánovas del Castillo, en agosto de 1897, fué elevado a la presidencia del Consejo de Ministros, cargo que se le confió nuevamente en 1900 y en 1904.

En noviembre de 1911 fué promovido a la dignidad de capitán general del ejército.

Tres veces fué presidente del Senado, cargo que desempeñaba actualmente; había sido, además, presidente de la Junta Consultiva de Guerra y del Consejo Supremo de Guerra y Marina y Consejero de Estado. Era también presidente de la Real Sociedad de Geografía. Poseía el Toisón de oro, el collar de Carlos III, la gran cruz roja del Mérito Militar, la gran cruz de San Hermenegildo, la



El Sr. Dato recibiendo a S. M. el Rey a la llegada de éste a casa del general Azcárraga para dar el pésame a la familia

S. M. el Rey D. Alfonso XIII, que profesaba gran estimación al general Azcárraga, ha ido personalmente a dar el pésame a la familia.

Organizada por el Centro de Hijos de Madrid se ha celebra-



Una de las carrozas que más llamaron la atención en la batalla de flores organizada por el Centro de Hijos de Madrid

do una batalla de flores que ha sido un gran éxito para aquella sociedad, la cual presentó, además de varios coches adornados, las ocho carrozas siguientes: *Egipto, Capricho de porcelana, Vaso griego, Miao, Tripode, Avestruz, Las joyas del sultán y Madrid.*

Todas estas carrozas, que iban ocupadas por lindas muchachas, habían sido construídas bajo la dirección de los señores Roca y Dose con flores de Valencia, y llamaron poderosamente la atención por su arte y por su buen gusto.

En el Teatro de la Zarzuela ha dado el ilustre orador Sr. Vázquez de Mella una conferencia sobre la política interior y exterior de España.

La expectación que había despertado el anuncio de este acto era inmensa así por la significación del conferenciante como por las importantes cuestiones de actualidad que éste había de tratar en su discurso.

No es posible en una nota como ésta dar ni siquiera idea de la grandilocuente oración del Sr. Mella, quien durante tres horas tuvo suspenso al auditorio que llenaba por completo el teatro y que después de interrumpirle a cada paso con entusiastas aplausos le saludó al final con una ovación estruendosa, delirante; diremos únicamente que en punto a política interior suscitó a las izquierdas y censuró duramente al parlamentarismo y al turno de los dos partidos, y que en cuanto a la política internacional proclamó la necesidad de la neutralidad absoluta del Estado en la actual guerra europea, lo que no quiere significar que la nación no pueda sentir simpatías por unos u otros de los beligerantes; y señaló la conveniencia para España de la amistad de Alemania para conseguir la realización de nuestros ideales nacionales, y la necesidad de una federación con Portugal a fin de completar el dominio del Estrecho de Gibraltar.

El final del discurso fué un hermoso himno a la España gloriosa y una excitación a la vieja aristocracia para que cumpla la alta misión que le incumbe.



Conferencia del Sr. Vázquez de Mella en el Teatro de la Zarzuela  
El Sr. Vázquez de Mella (x) después de la conferencia en el escenario del teatro

cruz de San Fernando y otras muchas condecoraciones nacionales y extranjeras.

## LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



Vestía el mismo traje blanco, y llevaba en la mano un ramo de flores

Ante mi insistencia, la joven cedió al fin; pregunté qué haría con su bote, y contesté que yo me encargaría de remolcarlo.

¡Qué dulce fué para mí aquella corta travesía! Jamás me había creído tan feliz, pues la hermosura de aquella joven me admiraba cada vez más; y al empuñar los remos, mi corazón latió apresuradamente.

Sin embargo, cuando estuvimos a cierta distancia de la orilla, la linda viajera comenzó a mirar el agua

con aire pensativo, olvidando al parecer mi presencia. La tarde comenzaba a declinar; acercábase la hora del crepúsculo, y aunque el bote no avanzaba con gran rapidez, muy pronto divisamos el tranquilo pueblo.

— ¡Streatley, exclamó la joven, qué pronto! Llego a tiempo.

En el fondo del corazón agradecí estas palabras, y atracando a la orilla, ofrecí a la pasajera mi mano para que saltase a tierra.

— ¿Me dispensará usted mi atrevimiento?, pregunté otra vez.

— ¿Por haberme prestado un servicio? ¿Qué debo dispensar?

¡Qué cruel era aquella joven! Mis ojos la miraban con expresión suplicante; pero no quiso comprender.

— ¿Viene usted a menudo aquí?, pregunté.

— No; para mí no hay más fiesta que el domingo; pero a mi madre le agrada mucho este pueblo. ¡Oh!,

cómo la he descuidado hoy, añadió, como reprendiéndose a sí misma.

Y retirando su mano de la mía hizo ademán de alejarse.

— Un momento, dije. ¿Sería demasiada libertad preguntar a usted su nombre?

— Me llamo Clara, contestó la joven sonriendo. ¿Y cuál es el de usted?

— Jasper... Jasper Trenoweth.

— Pues adiós, señor Jasper Trenoweth, adiós, y repito las gracias.

A los pocos instantes perdí de vista, y permanecí inmóvil en el mismo sitio, triste y cabizbajo, dudando aún si mi aventura era sueño o realidad.

— Jasper, dijo Tomás, al entrar yo en nuestra misera bohordilla, ¿has sabido tú alguna vez lo que el ánimo padece cuando se tiene una responsabilidad? Si se tratara simplemente de una pequeña suma no me importaría; pero tú ignoras lo que es verse encargado de la custodia de diecisiete mil ciento veintico duros y pico.

— No, seguramente no sé lo que es tener semejante cantidad.

— Pues precisamente es la que yo estoy guardando todo el día, porque ésa es la suma exacta que has ganado.

Miré a mi compañero con sorpresa, pero sin contestar.

— Jasper, continuó mi amigo, veo que te muestras algo indiferente. Diríase que te importa poco lo que acabo de anunciarte.

— Es que apenas me lo explico.

— Pues bien, continuó Tomás, acercándose a la cama, y levantando la colcha con mucho misterio, hazme el favor de contar esa suma, primeramente los billetes de Banco, después el oro, y por último la plata; y si no quieres tomarte tanta molestia, te diré que en billetes de Banco tienes quince mil seiscientos duros, y el resto de la cantidad en monedas de oro y plata.

— Pero Tomás, ¿es posible que hayamos ganado todo esto?

— Es un hecho del que tienes aquí la prueba, y añadiré que ahora podemos ser honrados y juiciosos estudiantes de medicina. Para celebrarlo, cenemos y bebamos un poco en honor de la media hebillita de oro.

Aturdido por los incidentes de las veinticuatro horas, sentéme a la mesa, mas apenas pude probar bocado; Tomás, en cambio, comió por los dos y habló mucho sobre futuros proyectos, dirigiéndome siempre la palabra como un hombre muy rico y de brillante posición.

— Jasper, dijo al fin, o tú estás enfermo, o habrás comido con exceso durante el día.

— Ni una cosa ni otra.

— ¿Debo suponer que vas a levantarte de la mesa para ir en busca de tu mortal enemigo por las calles de la ciudad?

— No, contesté.

— ¡Cómo!, exclamó. ¿Olvidas tu venganza? ¿No tienes ya sed de sangre?

— Tomás, contesté con acento solemne, renuncio a mi venganza... Todo lo doy al olvido.

— ¿Pues qué ha pasado? Debe ser cosa muy repentina...

— De hoy mismo.

— Jasper, repuso Tomás, apoyando su mano en mi hombro, o la riqueza te ha trastornado el seso, o te ha dado mucho juicio.

## XV

EN QUE SE DICE CÓMO ACABÉ DE CONQUISTAR EL CORAZÓN DE CLARA.

Transcurrió una semana, y en este intervalo, Tomás y yo hicimos varias observaciones; pero ante todo debo decir que, con no poca satisfacción, cambiamos en una sucursal del Banco, sin la menor dificultad, todos los billetes que teníamos.

Después nos pareció que nuestro alojamiento era demasiado mísero, por lo cual nos trasladamos a la calle de San Jaime, una de las principales de la ciudad; y con este cambio de domicilio echamos de ver que nuestro traje no correspondía ya a la nueva posición que ocupábamos y que era preciso vestir bien. Tomás observó, además, que sería necesario aplicarse mucho a fin de no ser siempre unos simples estudiantes de medicina. También pensó mi amigo que su tragedia *Francesca* exigía una reforma completa para que se la admitiesen.

No creo que ninguno de los dos se interesó mucho en el estudio de la *Materia Médica* y otras obras,

ni que los profesores nos consideraran como futuras notabilidades en la ciencia de curar.

Tomás, que había arreglado muy bien su despacho, ocupábase principalmente en hacer grandes alteraciones en su tragedia; mientras que yo consumía una considerable cantidad de tabaco en mis esfuerzos para retratar ciertas facciones en mi cartera.

Pasaron dos domingos sin encontrar otra vez a la mujer que amaba, aunque estuve explorando el río desde las primeras horas del día hasta el anochecer; pero llegado el tercero, volví a verla.

Era una mañana magnífica; apenas alguna nebulilla empañaba el límpido azul del cielo; la atmósfera comenzaba a ser cálida; en alas de la brisa llegaban hasta mí las aromáticas emanaciones del bosque y del campo, y ante mis ojos extendíase tranquilo y silencioso el río, sin que ninguna forma humana animase su soledad.

Al fin me pareció divisar a lo lejos algo blanco, que se acercaba poco a poco; mi corazón latió más apresuradamente; un momento después atracaba en la orilla mi bote, y allí esperé tan inmóvil y silencioso, que una golondrina pasó junto a mi cabeza, rozándome casi el cabello.

¡Sí, era ella; la hubiera reconocido entre mil por sus esbeltas formas, y experimenté indecible alegría. Vestía el mismo traje blanco, y llevaba en la mano un ramo de flores.

Acercándose cada vez más, miróme con aparente indiferencia; después vaciló un momento, adelantóse al fin, y ofrecióme su mano ruborizándose.

— ¿Conque otra vez por aquí?, díjome con su seductor acento, que resonaba en mi oído como una nota musical.

— ¡Otra vez!, repetí. He venido aquí todos los domingos desde que tuve el gusto de verla por primera vez...

— ¡Cómo!.. ¿Tanto tiempo ha pasado?.. Solamente tres semanas; lo recuerdo porque...

Esperé el fin de la frase con la esperanza de que se refiriese en algo a mí; pero esta ilusión se desvaneció muy pronto.

— Porque, continuó Clara, mi madre se hallaba indispueta aquel día, y enfermó después; de esto no hace más que tres semanas.

— ¡Nada más que tres semanas! ¿Le parece a usted poco?

— En todo este tiempo no he visto el río, repuso la joven sin contestar a mi pregunta. ¿Ha ocurrido algún cambio?

— En el río, no; pero en mí sí...

— ¡Oh!, lo supongo, interrumpió Clara, sonriendo, porque la otra vez estaba usted muy mojado.

Y al ver que yo fruncía el ceño, añadió:

— Sí; por haber tenido la amabilidad de ir a pescar mi bote.

— ¿No ha paseado usted hoy por el río?, pregunté.

— No; he preferido ir a coger flores.

— Esto me hace pensar en la de mayo, aquella de la canción...

— No me lo recuerde usted...; por nada en el mundo hubiera querido ser oída.

— Y yo habría dado cuanto tengo por no perder la ocasión de oírla.

— ¿También usted dice tales cosas?

Estas palabras parecían encerrar una reprensión, que fué a la vez amarga y dulce para mí, amarga porque la frase «también usted» despertó en mí los celos, y dulce porque me indicaba que la joven había esperado de mí palabras más formales. Temiendo que formara mala opinión de mí, quise sincerarme.

— ¡Oh!, interrumpió Clara, ofreciéndome su linda mano, ahora debo marcharme...

— ¡No, un momento más! ¿La he ofendido a usted?

La joven no contestó.

— Por Dios la ruego que me diga si la han ofendido en algo mis palabras.

— De todos modos le dispense a usted; pero ahora no puedo detenerme más, añadió, haciendo un esfuerzo para retirar su mano.

— ¿Por qué?

— Porque mi madre está sola y me espera.

— Pues permítame usted acompañarla.

— ¡Oh, no! Si algún día nos encontramos... le presentaré a usted.

— ¿Por qué no ahora?

— Mi madre está indispueta, y no sería éste el momento más oportuno.

Lo que yo había estudiado en la *Materia Médica* no me permitía ofrecerme para curar ninguna indisposición; pero lo hice.

— ¿Pues qué, es usted médico?, preguntó la joven sonriendo.

— Soy estudiante de medicina...

— Pues entonces no me fio de usted, repuso Clara, sonriendo de mejor gana que antes.

— No me diga usted eso, repliqué con una gravedad que hizo bajar la vista a mi interlocutora. ¿Desconfiará usted de mí?

Y como la joven no contestara, volví a repetir mi pregunta.

La mano de Clara tembló en la mía un instante; sus ojos me miraron al fin, y murmuró:

— Confiaré en usted si no se mueve de este sitio hasta que me haya perdido de vista.

Y pronunciando la palabra «adiós», desapareció, ligera como la corza que huye del cazador.

A los pocos días vi de nuevo a la joven, y después otras dos o tres veces, y supe que se llamaba Clara Luttrell.

No pude menos de confesar a Tomás mi aventura; pero lejos de felicitarme se condeñó, sin duda porque se hallaba en ese período de la juventud en que se desprecia todo cuanto no se conoce, y particularmente el amor, como una cosa contraria a la uniformidad de la naturaleza.

Tomás era escéptico, más de lo que podía esperarse de su edad, y se rió cuando comparé con las estrellas los ojos de la mujer que amaba, sin recordar seguramente que en su tragedia *Francesca* decía que los ojos de su protagonista se asemejaban a las Pléyadas.

También vi a la señora Luttrell, mujer achacosa, gastada ya por los años, y al parecer merecí sus simpatías.

La madre de Clara adoraba a su hija, y por nada del mundo hubiera querido separarse de ella, por más que desease verla feliz. A pesar de lo bien que me había recibido, cuando yo hacía una visita, su mirada atenta nos vigilaba a Clara y a mí, como si la pobre mujer temiese que yo tratara de arrebatársela su hija.

Así pasó el verano dulcemente para mí, porque me era permitido ver con frecuencia a la mujer que adoraba. Poco a poco, el Amor nos aprisionó con sus invisibles cadenas, pues a menudo paseábamos por el río; acercábase lentamente la hora de la declaración, y al fin llegó.

Era una tarde del mes de agosto. Ocho días antes, Clara me había dicho que el próximo sábado sería fiesta para ella, e instada por mí, consintió en que hiciéramos una excursión acuática.

Inútil me parece decir que fuí puntual a la cita, y que nuestro paseo por el río fué de los más agradables. Yo iba resuelto a no aplazar más mi declaración amorosa; pero tanto hablé para preparar el terreno, que vi próxima la hora de ponerse el sol sin haberme explicado; y como la joven me indicase que deseaba saltar a tierra, dirigí mi bote hacia la orilla.

— Este es el mismo sitio donde nos encontramos la primera vez, dije a Clara ofreciéndole mi mano para desembarcar. ¿Se acuerda usted?

— Es claro que me acuerdo, contestó, al parecer con indiferencia.

— ¿De veras no lo ha olvidado?

— No., tengo presente que era un día muy hermoso.

— Para mí fué el más hermoso de mi vida.

La joven no contestó.

— ¿No tiene para usted ningún motivo desagradable?, añadí.

— ¿Por qué había de tenerlo?

— Es verdad, repuse; me parece que no hay motivo; y sin embargo, Clara, ¿no ve usted a qué me han conducido estos últimos cuatro meses?

Los últimos rayos del sol se reflejaban en las ondas del río en aquel momento, haciéndolas brillar como si fuesen de plata; la brisa producía un suave murmullo entre el follaje de los árboles, y una avecilla negra, sin duda la misma que yo vi la primera vez que estuve en aquel sitio, trino dulcemente como para despedirse del día.

— Los últimos cuatro meses, repuso Clara, le han conducido a usted, según veo, al mismo sitio en que se hallaba el primer día.

— Si me han conducido desde la primavera al verano, y si me hallo aquí, es porque el sitio y yo hemos cambiado, Clara.

Parecióme que a la joven le disgustaba oírme pronunciar así su nombre de pila, porque se ruborizó, y temeroso de haberla ofendido, añadí al punto:

— Dispense usted que la dé este nombre, porque es el mismo que usted me dijo hace cuatro meses. Yo he cambiado mucho, tanto que apenas me conozco, y ahora quisiera saber si no soy nada para usted...

Clara levantó la mano como para que no continuase, pero nada dijo.

— Contésteme usted, proseguí, y dígame si no soy aún para usted más que aquel mendigo que encontré aquí hace cuatro meses.

— ¡Oh!, no, replicó la joven; es usted mi amigo ahora, y le ruego que procure olvidar mi error.

— No, Clara, usted no cometió error alguno, porque yo soy realmente para usted un mendigo, y lo será. ¿Es posible que no haya adivinado, y lo comprenda?.. ¡Oh!, compadézcase usted de mí!

Clara tenía la vista fija en el suelo, y la vi ruborizarse; mas no contestó.

— Clara, añadí con voz temblorosa, he esperado el día con la mayor ansiedad; al fin ha llegado, y ya sea para bien o para mal, contésteme usted... ¡Yo la amo con toda mi alma!

Una noche y otra había pasado yo buscando frases muy escogidas para declarar mi pasión con un elocuente discurso que expresara bien la ternura de mis sentimientos; y llegada la hora, no me había ocurrido más frase que la que acababa de pronunciar.

¿Y ella? Al oír mis últimas palideció un momento; pero después aparecieron de nuevo los vivos colores de sus mejillas; un ligero estremecimiento recorrió sus delicadas formas, y levantó la cabeza, pero sin mirar aún, ni contestar tampoco.

— ¡Por Dios, Clara, hable usted!, exclamé. Yo la amo con toda mi alma, añadí, cogiendo su mano. Haga usted de mí lo que quiera, pero sepa yo de una vez si puedo abrigar la esperanza de ser correspondido.

La mano de la joven tembló, estrechando la mía, y su cabeza se inclinó hasta tocar en mi hombro; sus labios murmuraron un sí que apenas llegó a mis oídos; pero en sus ojos pude reconocer una pasión infinita, la perfecta luz del amor.

El disco del sol comenzaba a ocultarse, mientras que en la tierra se extendía ya la primera sombra de la noche; una ligera brisa susurraba entre el follaje, y después reinó un silencio profundo. Allá en el horizonte desvaneciase la luz del sol entre nubes de púrpura y amatista.

Un momento después mi bote avanzaba por el río, conduciendo a Clara, sin que ella ni yo pronunciásemos una sola frase, porque nuestros corazones estaban demasiado llenos. Muy pronto apareció la luna, iluminándonos con su luz melancólica, mas no nos llamó la atención, porque no teníamos miradas más que para nosotros.

Pero cuando ya se divisaban las luces de Streatley a lo lejos, Clara rompió el silencio.

— ¿Es posible, preguntó, que no haya usted oído hablar de mí, y de que no sepa nada acerca de mi persona?

— Solamente sé que usted me ama, y no me importa ignorar lo demás.

— ¿Usted no sabe entonces, que yo trabajo toda la semana a fin de ganar mi subsistencia?..

— Cuando estemos unidos ya no trabajará usted más.

— ¡Sí, me sentaré en una butaca para hacer delicadas labores, como las señoras! No, eso no puede ser de ninguna manera. Debo trabajar forzosamente. Pero es extraño, añadió, como hablando consigo misma, muy extraño...

— ¿El qué, Clara?

— Que no me haya usted visto más que en los días de fiesta. ¿Qué ha hecho usted desde que está en Londres?

Casi avergonzado, pensé en mis inútiles paseos por las calles. Mi género de vida había cambiado desde entonces completamente.

— He vivido muy retirado, contesté; mas ¿por qué le parece a usted extraño que no nos hayamos visto más que en los días de fiesta?

Clara se sonrió, y como el bote hubiera llegado a la orilla, díjome al saltar en tierra, sin contestar a mi pregunta:

— Vamos, le permito a usted que me acompañe para ver a mi madre, Jasper.

Cogidos de la mano, muy poco después entrábamos en la casa de la señora Luttrell.

Al vernos juntos la buena mujer, adivinó lo que había pasado; sus ojos expresaron el temor y la desconfianza, y fijó en mí una mirada recelosa.

Cuando me hube explicado, esperé con inquietud su contestación.

— Ya lo temía, dijo, y hacía largo tiempo que lo esperaba. Hija mía, añadió, ¿estás tú segura de la buena fe de este joven? Antes de abandonarme, es preciso que sepas bien con quién tratas.

Por toda contestación, Clara se arrodilló a los pies de su madre, y abrazándola cariñosamente, ocultó el rostro en su seno.

— Tú crees amarle ahora, continuó la señora Luttrell; pero mira bien lo que haces, e interroga de nue-

vo tu corazón antes de privarme de él. Yo también conocí el amor, Clara, o creí conocerlo; pero después... ¡oh, qué angustias, qué angustias!

— Madre mía, contestó Clara, yo no me separaré de usted nunca.

La señora Luttrell suspiró.

— ¡Ah!, niña, dijo, tu felicidad es lo que yo deseo.

— Jamás me separaré de usted, madre mía.

— Y usted, joven, continuó la señora Luttrell; ¿está usted seguro de sí mismo?.. Si le doy lo que para mí es más caro que la vida, y usted lo aprecia en su justo valor, no olvide nunca que debe tratar a mi hija como se merece. Júreme usted que lo hará así. ¿Sabe usted?..

— ¡Madre!, interrumpió Clara, murmurando después una palabra al oído de la anciana.

La señora Luttrell frunció el ceño, vaciló un instante, y dijo al fin:

— Bien, hágase como lo desees; pero dudo que sea prudente. ¡Dios te bendiga, hija mía! Y usted, joven, añadió, procure apreciar mi sacrificio en lo que vale.

Con toda la elocuencia que mi amor me inspiraba demostré la pureza de mis sentimientos; Clara se levantó, y ayudóme a consolar a su madre.

— No la abandonaremos, ¿no es verdad, Jasper? Dígaselo usted así.

Yo repetí las palabras, y acercándome a la señora Luttrell, ofrecíle mi mano.

— Joven, dijo la anoiata, debería considerar a usted como mi mayor enemigo, porque me roba en parte el cariño de Clara; pero le aceptaré a usted como hijo.

Orgulloso con mi triunfo, y embriagado de placer, volví a mi alojamiento, y entrando en la habitación, apoyé la mano en el hombro de Tomás.

— Amigo mío, le dije, tengo noticias que dart.

— Y yo también a ti, replicó Tomás, levantándose.

— Escucha, Tomás... Me han aceptado.

— ¡Dios me valga, Jasper, a mi también!

— ¿A ti?

— Sí.

— ¿Dónde? ¿Cuándo?

— Esta noche, Jasper; nuestro triunfo ha sido simultáneo; para ti, el amor, para mí, las Musas. Jasper, al fin han conocido lo que vale ella.

— ¡Ella! ¿Quién?

— *Francesca*, muchacho, mi tragedia. Dentro de tres meses será famoso, pues el próximo noviembre se representará mi producción en el Coliseo.

XVI

EN QUE SE DICE CÓMO SE REPRESENTÓ AL FIN LA TRAGEDIA «FRANCESCA».

Otra vez debo apresurar mi narración, porque si hubiese de referir todos los incidentes de las semanas que siguieron, molestaría a mis lectores, sobre todo a los que no están enamorados.

Tomás estaba muy ocupado con sus ensayos en el teatro, y hallándome solo, no me apliqué mucho al estudio de la medicina. Solamente los domingos podía ver a Clara, habiéndolo exigido ésta así, y también su madre, alegando que no podía disponer de una hora en toda la semana.

En cuanto a mí, era claro que antes de casarme debía adquirir mis diplomas, y si no trabajaba, tardaría mucho en adquirirlos. Con Tomás solía conversar por la noche; pero casi siempre me hablaba de su tragedia, consultándome algunas veces, y mostrando empeño en que le dijese francamente mi opinión.

Hacia ya algunos días que yo observaba un cambio notable en Tomás. Ya no estaba alegre como antes, ni hablaba tanto, y con frecuencia veíale taciturno y pensativo; contestaba lacónicamente a todas mis preguntas, y hubiérase dicho que alguna preocupación absorbía todo su pensamiento. Todo esto noté yo, pero no quise molestar con mi curiosidad a Tomás.

La explicación llegó al fin sin que yo la buscara. Una noche estábamos sentados a la mesa de estudio, yo con mis libros, y Tomás haciendo sus correcciones, cuando éste me dijo de pronto:

— Jasper, quisiera que me dijese sinceramente qué te parece mi producción.

— Si quieres que te hable con franqueza, contesté, debo decirte que en mi concepto has incurrido en muchas exageraciones respecto a *Francesca*, comenzando con aquello de comparar sus ojos con las Pléyadas...

— ¡Oh!, ya he suprimido eso.

— Bien; pero de todos modos opino que tu *Francesca* es un tipo algo pesado.

— Más lo será el de tu Clara...

— Mi Clara, repuse con dignidad, es el tipo de la gracia y de la elegancia.

— ¿Es esa ninfa alta o baja?

— De estatura regular.

— Sí, como la amas, todo te parecerá bien ella, y estás tan persuadido de que no se podía elegir mejor, que reñirías con quien no opinase como tú. La mujer debe tener un aspecto majestuoso, andar como una reina, y hablar como una diosa; tú no conoces aún esto, ni has visto ninguna con tales condiciones, por lo cual cierras los ojos, y crees que no existen. ¡Pardiez, Jasper!, si tú pudieras ver...

Tomás se interrumpió y ruborizóse como un niño.

— ¿A quién?, pregunté yo.

— A la Lambert, por ejemplo...

— ¿Y quién es la Lambert?

— ¿Será posible que no hayas oído cantar nunca a Clarisa Lambert, la más notable artista que tenemos en Londres?

— Nunca. ¿Trabaja en el Coliseo?

— Precisamente; y se ha encargado del papel de «Francesca». ¡Oh, Jasper, si tú la vieras! ¡Me parece divina!, añadió ruborizándose ligeramente.

— Por lo que dices, repuse, te veo en camino de enamorarte de esa Clarisa Lambert. ¿Ha dejado ya de serte indiferente la mujer?

— Jasper, no hables así ni seas tonto. Debo advertirte que apenas me conoce, y que solamente he hablado algunas palabras con ella. ¿Cómo había de requerirla de amores yo, humilde autor, sin nombre conocido aún? Jasper, ¿te gusta el nombre de Clarisa?

— No tanto como el de Clara.

— ¡Oh!, ¡qué nombre tan vulgar! No puede compararse con el de Clarisa, que es más poético, más musical, más dulce al oído... Vamos, será preciso que veas a mi artista para juzgar por ti mismo de la diferencia que habrá entre ella y tu Clara. Es singular que el mero hecho de estar enamorado baste para pervertir tu buen gusto. Y supongo que la voz de tu Clara será muy dulce, de sonidos musicales...

— Sí, como los del arpa eólica.

— Pues quisiera que oyese a Clarisa, aunque solo fuese una vez, y por breves momentos... ¡Oh, Jasper, sus acentos conmueven el alma!

— Muy bien, querido Tomás, repuse, veré a tu divinidad en noviembre. No creo que me produzca el efecto que tú esperas; pero me alegraré que tu *Francesca* tenga buen éxito, y sobre todo me felicito de que estés enamorado, pues creo que esto te mejorará.

— No tengo esperanza de que esa mujer me escuche, porque es fría como el hielo.

— ¿Cómo?.. ¿A pesar de su dulce voz y de su belleza?

— Sí, es muy fría; todo el mundo lo dice.

— Pues debías alegrarte de ello, porque, si todo el mundo lo dice, paréceme más probable, por la naturaleza de las cosas, que no sea verdad. Si ella brillara en todo el mundo, tal vez lo creería.

Tan desesperado me parecía el caso de Tomás, que hablé del asunto a Clara apenas la vi.

— Clara, la dije, con frecuencia me ha oído usted hablar de Tomás.

— Ciertamente, Jasper, rara vez le oigo citar el nombre de ninguna otra persona, tanto que comienzo a estar celosa de ese amigo.

— ¡Oh!, es el único que tengo, y siempre hablo de él porque es muy buen muchacho. Quisiera que le viese usted, Clara; seguro estoy de que le será simpático, y advertiré que tiene talento.

— ¿Cómo se llama ese genio?.. Quiero decir que cuál es su apellido...

— Loveday, Tomás Loveday. ¿No se lo había dicho nunca a usted?

— Jamás, contestó Clara con aire pensativo. ¡Loveday!.. ¿Es común este apellido?

— No, me parece que no. ¿Acaso no le suena bien al oído?

— ¡Oh!, como otro cualquiera.

— Yo iba a decir a usted, continué, que Tomás se ha enamorado, pero como un loco.

— ¡Oh!

— Sí, lo mismo que yo, y comprenderá usted...

— Hablábamos de Tomás Loveday...

— ¡Ah!, sí, de Tomás. Pues debo añadir que ha escrito una tragedia...

— ¿Sobre el amor?

(Se continuará)



Vista general de las salas en donde está instalada la exposición



Lobos de mar, cuadro de Manuel González Santos



Viernes Santo, cuadro de José Pinelo Janes



El picador, cuadro del conde de Aguiar



Frutas, cuadro de Gustavo Bacarissas

SEVILLA.-EXPOSICIÓN  
DE BELLAS ARTES

Organizada por la sección de Bellas Artes del Ateneo se ha celebrado recientemente en Sevilla una notable exposición, que ha alcanzado un gran éxito así por el número de artistas que han concurrido al certamen como por el mérito de la mayoría de las obras expuestas.

Han figurado en la exposición los siguientes pintores: Nicolás Alpérez, conde de Aguiar, Gustavo Bacarizas, Vicente Barreira, Gonzalo Bilbao, Antonio Castillo, E. Centore, Alfonso Cafiaveral, Francisco Domingo, Antonio Esquina, Gregorio P. Escalante, Rodolfo Franco, Manuel García Rodríguez, Manuel González Santos, Alfonso Grosso, Antonio García Lozano, Guillermo Gómez Gil, Juan Hidalgo Linares, Juan de D. Hoyos, José Jiménez Aranda, Félix Lacárcel, Juan Lafita, Santiago Martínez, José Macías, J. Magariño, Manuel Muñoz Díaz, Enrique Pesqueira, José Pínelo Janes, José Rico Cejudo, Tova Villalba y Guillermo Vaca.

Lorenzo Coullaut Vale-



Un rincón de la Fábrica de Tabacos de Sevilla, cuadro de Gonzalo Bilbao

ra, M. Delgado Bracken-burg y Pedro Torres Insúa han expuesto varias esculturas; García Montalbán, diversos objetos de cerámica artística; Alfonso Grosso, algunos *panneaux* de azulejo; y Andrade, muebles antiguos.

En la página anterior y en ésta damos una vista general de la exposición y reproducimos algunas de las obras más notables que en ella se han exhibido.

A propósito de esta exposición nos parece interesante la siguiente noticia. En vista de que los pintores sevillanos no tienen local propio y permanente para exponer sus obras, los ilustres hijos de Sevilla y eminentes autores dramáticos hermanos Alvarez Quintero, se brindaron a leer una obra no estrenada en aquella ciudad a fin de recaudar fondos para la construcción de un edificio destinado a aquel objeto. La lectura se efectuó en el espacioso Teatro Llorens y la obra leída fue *Dios dirá*. Una concurrencia de lo más distinguido de la sociedad sevillana llenó por completo el coliseo, habiendo sido muchas las personas que voluntariamente pagaron por sus localidades mayor precio del señalado.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

LA NOVELA DE LA OBRERA, por Carlos de Vilis, traducción de J. de S. H. - En pocas novelas se juntan de modo tan admirable como en ésta el interés del argumento, la bondad de la idea fundamental que la inspira y la belleza de la forma. El asunto se basa en la lucha por la existencia que ha de sostener una joven que, después de haber ocupado una posición elevada, se ve reducida a la condición de obrera. La protagonista, al mismo tiempo que a ganarse el sustento, se consagra con alma y vida a la obra de socorro y redención de otras gentes más menesterosas que ella y alcanza al fin la merecida recompensa, encontrando en aristocrático esposo el amor más puro y desinteresado y una brillante fortuna. Los personajes están perfectamente estudiados y la acción se desenvuelve lógicamente y naturalmente, con escenas y episodios hondamente sentidos y algunos de ellos verdaderamente emocionantes. Es, en suma, una novela de fondo sano y altamente moral, que se lee con deleite y deja en nuestro ánimo una impresión profunda y en alto grado confortadora. Un tomo de 368 páginas con ilustraciones de Enrique Casanovas, que forma parte de la Biblioteca Emporium, con tanto éxito editada en Barcelona por Gustavo Gili.

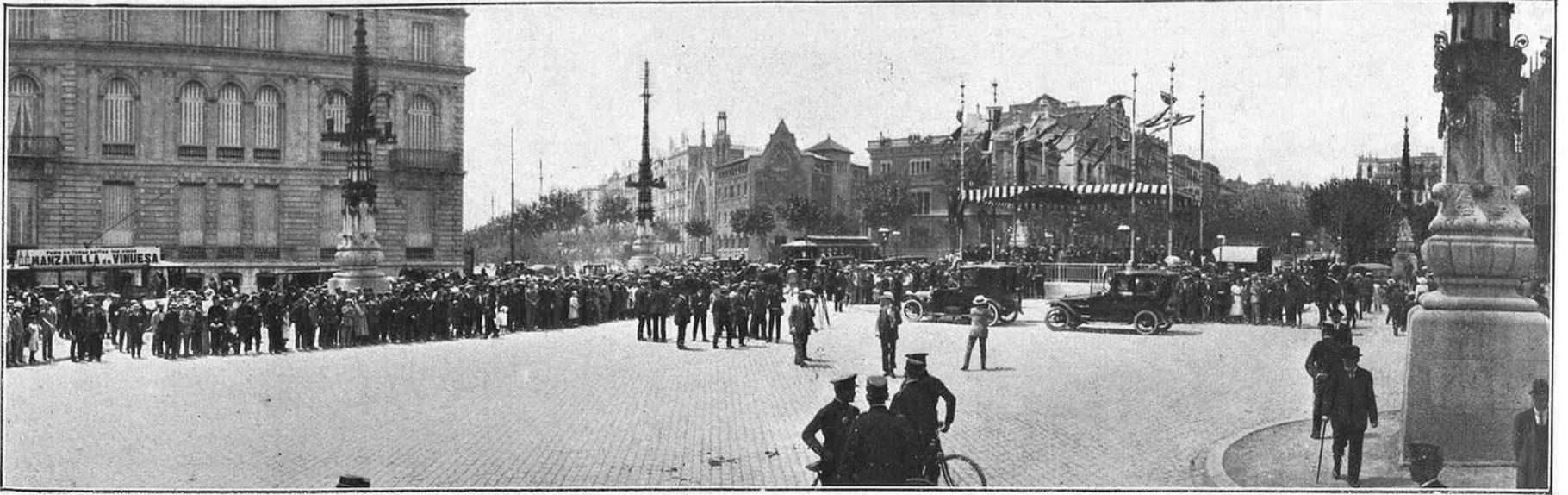
ACCIÓN DE LA MUJER EN LA VIDA SOCIAL, por el P. Ignacio Casanovas, S. J., 2ª edición corregida y aumentada. - Esta obra notabilísima, recordada como una de las mejores que se han escrito en España sobre el influjo que puede y debe ejercer la mujer en la vida social, obtuvo tan gran demanda al ser publicada que en menos de dos años se agotó la primera edición. Al tener que reeditarse, no sólo se han mejorado las condiciones materiales de la misma, sino que su autor la ha corregido y puesto al día aumentándola en un centenar de páginas, de tal manera que puede afirmarse que se trata casi de un libro nuevo que merece ser estudiado detenidamente por cuantos se preocupan en el problema social y que interesa sea difundido especialmente entre el elemento femenino, el cual encontrará mucho que aprender en los interesantes estudios del



Padre Casanovas. Un tomo de 260 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 3'50 pesetas encuadrado en tela inglesa.

MANUAL DE PERSPECTIVA, por el Ing. Claudio Claudi, traducido de la 3ª edición italiana por el Dr. E. Ruiz Ponsati. - Difícilmente se hallaría un libro que en forma más elemental y sencilla expusiera los principios fundamentales de la Perspectiva y sus aplicaciones. La obra del ingeniero Claudi ha sido escrita especialmente para los pintores, artífices y dibujantes a quienes es necesario saber representar en perspectiva los objetos, pero que no poseen conocimientos suficientes de Geometría para afrontar el estudio de obras demasiado científicas. Con este fin el autor ha adoptado en todos los problemas métodos esencialmente prácticos y fáciles, sin perjuicio de la más rigurosa exactitud. Por esto el Manual de Claudi está destinado a prestar grandes servicios no sólo a cuantos para la práctica de su profesión necesitan poseer conocimientos de Perspectiva, sino también a los que deban iniciarse en este arte para ampliarlos después con el estudio de obras más elevadas. Un tomo con 96 páginas de texto y 32 láminas de doble página; precio, 5 pesetas encuadrado en tela inglesa con tapas especiales.

RECETARIO FOTOGRAFICO. COLECCIÓN DE 537 FÓRMULAS Y PROCEDIMIENTOS. Por el Dr. Luis Sarsi. Versión de la 5ª edición italiana por J. de D. S. H. - Este libro, indispensable a todos los fotógrafos y muy singularmente a los aficionados, tiene el mérito especial de que todas las fórmulas transcritas en él responden a su objeto, por haberlas sometido el autor a la comprobación experimental de su laboratorio. Divídese en tres partes: la primera contiene todo lo referente a la obtención, retoque y conservación de las pruebas negativas; la segunda se refiere a las positivas en sus múltiples variedades; y la tercera, es un resumen metódico de todos aquellos procedimientos mediante los cuales se asegura en los talleres fotográficos mejor montados la perfección de la obra. Un tomo de 304 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadrado en tela inglesa.



Barcelona. Concurso de elegancia de automóviles organizado por el Real Automóvil Club de Cataluña  
Desfile de los automóviles por delante de la tribuna del Jurado, en el cruce del Paseo de Gracia con la Gran Vía Diagonal. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

**DENTIFRICOS  
HIGEIA**  
ELIXIR  
POLVOS  
CREMA

NUEVA REIMPRESION

**FABULAS DE ESOP**

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**AVISO A  
LAS SENORAS**  
EL APÍOL DE LOS  
JORET HONOLLE  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ta</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
185, Rue St-Honoré, 185  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ORINA**

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. Paris.

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**

POR D. JOSÉ ZORRILLA. — ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**HIPOFOSFITOS SALUD**  
COMBATE  
**ANEMIA**  
ESCROFULISMO  
NEURASTENIA  
INAPETENCIA

Paris  
Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
Casa CANDÈS  
St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA  
CALLOS Y DUREZAS  
**CALCIDA**  
ESCRIVA  
ES EL  
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

**KARLSBAD**

**EN PLENO MOVIMIENTO BALNEARIO**

16 fuentes de aguas minerales. | Número anual de bañistas: 70.000, | 130 Kilómetros de caminos espléndidos a través de los bosques, así como ferrocarriles elevados, teatros, e nieertes, diversiones, deportes, etc.

Curas por aguas minerales y baños. | 120.000 transeuntes y turistas.

Comunicación directa de trenes rápidos con todas las grandes ciudades de España

Por informes y prospectos dirijanse al **Der Stadtrat** (consejero municipal).